

## ***AGUINAGA DE EIBAR. Historia de la parroquia.***

Luis Martínez de Morentín de Goñi.

### **PARROQUIA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL**

La parroquia de San Miguel Arcángel de Aguinaga, de Eibar, es una de las 17 parroquias que, de las 215 erigidas en la diócesis de San Sebastián, tienen como patrono titular a San Miguel Arcángel.

Este casi 8% de parroquias de la titularidad de San Miguel Arcángel muestra un arraigo de la devoción a San Miguel, que se ve reforzado si se considera que en Guipúzcoa existen –y existieron- 10, 11 ermitas en pie y 12 en restos, o ya desaparecidas de la advocación de San Miguel.

En Aguinaga, además de la parroquia, existe otra “ermita” –que en los archivos es denominada también “santuario”- que está bajo la advocación de San Miguel Arcángel. De esta última hablaremos más adelante.

#### **A) SAN MIGUEL ARCÁNGEL.**

Suele considerarse que la introducción, con empuje, del culto a San Miguel en occidente se produce a finales del siglo V. Pero la devoción a San Miguel es tan antigua como la Iglesia misma. Las primeras cristiandades la heredaron del pueblo judío, que consideraba a Miguel como su protector. En esta línea, la Iglesia consideró desde muy antiguo a San Miguel Arcángel como su abanderado contra el paganismo.

Ese extracto del misal romano que es el *Libro de la Sede*, el motivar la celebración de la fiesta el 29 de septiembre, se refiere a San Miguel como al “fuerte protector de la Iglesia contra las asechanzas del mal”.

La fiesta de San Miguel Arcángel, que en el antiguo santoral figuró con dos fiestas, en la actualidad sólo se celebra el 29 de septiembre junto con las de los arcángeles San Gabriel y San Rafael.

El dragón que con frecuencia aparece a sus pies –como en la escultura de San Miguel en Aguinaga- pertenece a la mitología universal; pero unido a San Miguel simboliza el triunfo definitivo de la cruz.

Por otra parte, no suele ser infrecuente la escena que los artistas representan mostrando a San Miguel pesando las almas. Durante la realización de esta tarea suele verse al demonio intentando falsear la balanza, tal como aparece, por ejemplo, en los frescos del siglo XIV, de Ferrer Bassa, de la capilla de San Miguel en el monasterio de Pedralbes en Barcelona, o en el tímpano de la portada románica de Santa María la Real en Sangüesa, Navarra.

Ambas representaciones de San Miguel derrotando al demonio o pesando las almas en el juicio final tienen no poco que ver con el significado hebreo del nombre Miguel, que vendría a significar que Dios es incomparable y justo o, simplemente, ¿quién como Dios?

## B) FIESTA DE SAN MIGUEL EN AGUINAGA.

Por lo que podemos saber, la fiesta principal de Aguinaga ha sido siempre la de San Miguel Arcángel del 29 de septiembre, en otoño. Si alguna vez se celebrara la otra el 8 de mayo sería, a nivel popular, una fiesta menor.

Con mayor o menor distancia de ese día 8 de mayo, según tocara la Pascua –cosa que siempre ocurre el primer domingo después del plenilunio de primavera y nunca más allá del 25 de abril-, solían tener lugar en el valle las letanías o rogativas. La primera estación de éstas solía ser, según nos cuentan, en San Miguel, en Oregi; en la primavera y en pleno tiempo pascual.

La preponderancia de la fiesta popular del 29 de septiembre sobre todas las demás, viene constatada no sólo por el hecho de que para esa fecha se contratara un tamboril, sino porque se multiplicaban las ofrendas y se ofrecían refrigerios y colaciones especiales.

## C) LA INSTITUCIÓN Y EL EDIFICIO.

La parroquia de San Miguel Arcángel de Aguinaga, de Eibar, ha estado formada desde que podemos saberlo por los vecinos o cofrades del valle o cofradía de Soraen. Un entorno formado en la actualidad por 17 caseríos o familias que residen aquí permanentemente; con 6 caseríos que no son residencia permanente; y otros dos caseríos en ruinas, pero aún en pie. Los parroquianos de San Miguel de Aguinaga son 59 personas al 29 de septiembre de 1996.

Son los herederos de una parroquia de la que tenemos noticia documental que existía en 1559. Los archivos parroquiales hablan por primera vez de “parroquianos” en esa fecha.

Ahora bien, los documentos existentes se refieren a años anteriores y relatan que en 1555 los vecinos de Aguinaga habían pagado a la iglesia –no se dice a la parroquia- de San Miguel su tributo o primicias.

El auto de la visita pastoral de 7 de abril de 1559 deja constancia del carácter que de parroquia tiene la iglesia de Aguinaga. El Visitador de ese año dirá que una determinada cantidad de dinero “se les fue abonado [a Miguel de Aguinaga y Juan de Suinaga], [...] vecinos de Aguinaga e parroquianos de la dicha iglesia sobre las primicias”.

Este dato indica que la parroquia existía antes de esa fecha, aunque no necesariamente erigida como parroquia con personalidad jurídica propia.

Quizá fuera ésta particularidad la causante de que el licenciado Martín Gil la denominara “ermita” en el auto de su visita a Aguinaga en 1556. Es de señalar, sin embargo, que el licenciado se preocupó de dejar constancia que la tal ermita tenía “pila

bautismal, enterrorio (¿?) y sacramento”. Estos elementos que no son necesariamente exclusivos de las parroquias, son un distintivo peculiar de las mismas y de las que como tales funcionan.

El auto de la visita de 1559 no sabemos cómo la denominaría en su encabezado –aunque más tarde hable de “parroquianos”-; pero desde luego, el auto de la visita de tres años después –el 20 de agosto de 1562- la llamará “iglesia de San Miguel de Aguinaga”, e incluso hablará de un estipendio entregado el Jueves y Viernes Santos de ese año. El cual estipendio no pareció convencer ni poco ni mucho al Visitador que fuera entregado del fondo de la fábrica de la iglesia. Ordenará “al Cura y mayordomo desta dicha iglesia, de aquí en adelante no hagan [gasto] alguno a la dicha iglesia por traer clérigos a facer de [...] la Semana Santa, pues tienen su Cura”. Añadirá que si a pesar de todo traen a alguien, lo paguen de sus bolsillos.

Si las celebraciones de la Semana Santa son una muestra del funcionamiento como parroquia de la iglesia de Aguinaga, así como el que se le tributen las primicias –como se dice en esta misma visita de 1562 en la que el Visitador “tomó cuenta de Juan de Suynaga, mayordomo, de las primicias de los años 1559 y 1560”- lo que no deja lugar a dudas son los autos de 1564 y 1567.

En el auto del 22 de diciembre de 1564 se dice con toda claridad en su encabezado que “en la iglesia parroquial del Señor San Miguel de Aguinaga [...] visitó el Santísimo Sacramento, pila bautismal, crismas, aras, altares, corporales, plata e ornamentos e bienes de la dicha iglesia”.

El mismo Visitador General del obispado de Calahorra, tres años después, el 10 de diciembre de 1567, dirá que visitó la “iglesia parroquial de Sant Miguel de Aguinaga”.

En fin, la noticia documental más antigua que arrojan los archivos parroquiales sitúa a la iglesia de Aguinaga en el año 1555. En este año y los tres siguientes se recogieron y vendieron las primicias de la iglesia.

## 1. La iglesia.

La actual iglesia parroquial mide 176,70 metros cuadrados con la sacristía incluida. Está a 5 kilómetros y 400 metros del cruce entre la carretera que desde Eibar conduce a Arrate y la de Marquina. Ya en la carretera de Marquina, y a 4 kilómetros y 600 metros del cruce que decimos, una desviación ascenderá 800 metros hasta depositarnos a los pies de la iglesia.

Puede ser la misma que de nueva planta se construyera en el siglo XVI. Era como la actual en altura; es decir, mediría 10 metros, no tendría la bóveda barroca que hoy conocemos y que se hizo en el siglo XVIII. Y sin las sepulturas que se retiraron en el siglo XIX.

Sabemos que tenía al menos dos puertas exteriores. Una de ellas al sur, hoy condenada por el frontón. Ésta era una hermosa puerta dovelada que aún puede apreciarse bajo la pintura del frontón que hoy día la recubre. La otra, al oeste, en el mismo lugar en el que hoy se encuentra y constituye hoy el único punto de acceso a la iglesia desde el exterior.

Tenía también un coro alto zaguero, probablemente en el mismo lugar en el que hoy se encuentra.

El finiquito que cancela la cuenta pendiente con un tal Martín de Albizuri, carpintero, atestigua en 1562 que tales puertas y coro existían en esa fecha. La escritura que firman Albizuri y Joseph M. Urrutia en esa fecha dice que la deuda “por las puertas e coro e tejado” quedaba saldada con la venta que de las primicias de la iglesia había hecho Albizuri en 1555, 1556, 1557 y 1558.

Hay datos, sin embargo, que nos hacen sospechar que la iglesia parroquial no siempre estuvo ubicada en este lugar. Antes de que fuera construida en este lugar estaría situada en el edificio contiguo que actualmente es cementerio, a unos diez metros al sur de la iglesia parroquial.

Este edificio del que hablaremos más adelante sería antes que templo parroquial una ermita dedicada a Nuestra Señora. Luego, sería convertida en iglesia parroquial y más tarde, en el siglo XVI, sustituida en sus funciones parroquiales por el actual templo.

El que el auto de la visita pastoral de 1799 hable de la “ermita titulada de Nuestra Señora, que llaman parroquia chiquita”, nos hace sospechar la pervivencia en el recuerdo del que fuera primer templo parroquial de Aguinaga.

De la que se levantó en el siglo XVI para sustituir a aquélla nos queda más de un dato de no pocos trabajos. Creemos que los trabajos de carpintería y cantería que se prodigan en el siglo XVI están siendo realizados para ampliar la iglesia.

Aquellos trabajos de carpintería que realizara Martín de Albizuri, se llevarían a cabo al finalizar las obras de la nueva iglesia, las cuales se producirán con anterioridad al año 1559. En los libros de cuentas se consignan importantes descargos por acarreo de piedras y retejos que, si bien se apuntan en esta fecha, no necesariamente se hacen entonces. Cuando, como se sabe, Juan de Gorostiaga cobra lo que se le debe en 1559, está cobrando atrasos. Y algo así le ocurre al mayordomo Juan de Aguinaga que en esta fecha paga, según dice el auto de la visita, a su hijo una elevada cantidad de dinero por determinadas obras de cantería llevadas a cabo en la iglesia y casa cural.

El auto del Visitador dirá el 7 de abril de 1559 que el mayordomo ha “pagado e dado a Juan de Aguinaga, su filo, [...] por la obra que fizo en la dicha [iglesia] e su casa”.

De unos cien años posteriores no tenemos dato alguno.

Obligados, pues, por las circunstancias hemos de situarnos en la segunda mitad del siglo XVII donde asistiremos también a un proceso de mejora general de la iglesia. Ya no son obras de ampliación, porque éstas habrían concluido con anterioridad sino de consolidación, conservación y enriquecimiento. Las obras que se están realizando entre 1562 y 1699 corresponden a la torre, al pórtico y al cementerio del interior de la iglesia.

El siglo XVIII es un siglo en el que las obras que se acometen serán las decisivas para dejar el templo como hoy en día lo conocemos en sus líneas fundamentales.

La más significativa es la obra de la bóveda. Se realizó en 1795. El montante de los gastos fue de 1.000 reales que se destinaron a pagar ladrillos, cal, yeso, barras de hierro, clavos, mano de obra de canteros y peones, puertas, etc.

Estas obras implicaron la construcción del armazón de madera que hiciera posible la ejecución de la blanca bóveda que hoy conocemos a ocho metros de altura.

En el siglo XIX la iglesia experimentará una transformación radical. El cementerio del interior de la iglesia será trasladado a la ermita próxima al templo, convirtiéndola a ésta en el cementerio que hoy en día existe.

Ello obligará en 1807 a renovar el suelo de la iglesia. Ese año se dice que colocaron “losas en el presbiterio de la iglesia”. Al año siguiente no se habrán acabado aún las obras de reacondicionamiento de la iglesia porque en ese negocio se gastaron 701 reales.

El siglo XX será pródigo también en arreglos y reformas. Éstos, sin embargo, no afectarán a lo fundamental de la arquitectura interior del templo. Más bien se dirigirán a embellecerlo, a conservar la herencia recibida. En el exterior sí cambiarán las cosas: Se le adosará a la cara sur un frontón y se reducirá el volumen de la torre.

## 2. La torre y el campanario.

La torre y campanario de Aguinaga han formado parte integrante de la iglesia parroquial desde que ésta se construyera. Es improbable que en la iglesia parroquial existiera esa otra modalidad de campanario que es la espadaña.

De lo que no parece haber duda es de que con anterioridad a que se construyera la iglesia existiera una campana.

### 2.1. Cambios.

Uno de los primeros sinsabores que tuvieron que superar los vecinos de Aguinaga en su iglesia y con su torre y campanario lleva fecha de 1567. Decididos a hacer realidad en el valle un campanario no calcularon bien, al parecer, lo que aquello suponía.

El auto de la visita pastoral del 10 de diciembre de 1567 da la primera noticia de la catástrofe. El Visitador del obispado de Calahorra consignará que se han gastado “veinte reales y medio al tiempo que se hundió la dicha campana”.

La campana debió quedar seriamente dañada. Según nos informa el mismo auto, el mayordomo pagó 15 reales “por el badajo de la campana”. Y, seguramente, porque creyeron que era el momento de dotar de otra campana a una iglesia más grande como la que habían construido, se pusieron en contacto con un “vecino de la villa de Bilbao” a quien el mayordomo abonó “19.269 maravedises por cuatro quintales menos dos libras de cobre que le cobró para facer la dicha campana [y] un quintal seis libras de estaño”.

Las dos campanas se colocaron este mismo año de 1567 en la torre y campanario. La operación de preparación del lugar para albergarlas duró veinte días, lo que supuso un

desembolso que el mayordomo realizó pagando a “Juan de Aguinaga, cantero, [...] por veinte días que ayudó a los dichos campaneros”.

Si bien es verdad que con estas obras no parece que se concluya la construcción de la torre –Miguel de Çumaran estará trabajando en la torre en 1574-, sí son al menos los cimientos de lo que será más tarde el campanario formando la robusta torre que hoy conocemos y que forma la fachada principal de la iglesia.

La construcción de la torre estará concluida para el año 1675, más de un siglo después. El archivo parroquial nada dice de lo ocurrido durante esos más de 100 años; pero es lógico suponer que una vez empezadas las primeras obras, allá por 1567, éstas fueran seguidas sin muchas dilaciones. Lo cual no quiere decir que se terminaran definitivamente.

Concretamente, en 1682, se están haciendo obras que necesitan ser examinadas por un perito. Ahora no se trata de hacer un frontal de roble para la torre de las campanas por el que en 1675 se pagaron 55 reales a Francisco de Arispe, o de una “llave de la puerta de la torre”, que costó dos reales de 1679. De lo que se trata ahora es de “obras en el campanario”. Así de rotundo y así de tan sugerente como para dejar que podamos creer que no se trata de obras menores.

Cuando se acaban éstas, será el momento de tomarle el pulso a una de las campanas que, al parecer, no estaba en condiciones. El 21 de julio de 1687 el Cura, Juan Bautista de Amillategui, y él “el mayordomo, Joan de Suynaga, venden un censo de 40 ducados de plata para arreglar la campana de la iglesia”.

La venta tiene éxito. Ese mismo año no sólo se “funde la campana en Eibar por 550 reales”, sino que, además, se pagarán 33 reales por traer “una campana de Eibar”.

Pero ni siquiera ahora podemos decir que se concluyera nada con carácter definitivo. Es más, en 1759 vemos a los vecinos de Aguinaga acompañados de herreros y carpinteros metidos en gastos considerables “para construir la torre”.

Durante 22 años se irán realizando diversas obras que dejarán la torre lista para hacer frente a más de 150 años de desgaste. Por lo que podemos saber desde el Archivo Parroquial, en esos 150 años no se producen obras de envergadura en la torre.

Pero vayamos por partes.

Para cuando en 1759 comienzan las obras más serias que se hubieran nunca acometido con la torre, ésta no había dejado de ser un problema para los escasos recursos de la parroquia. A los 17 años de concluirse las obras de 1682 hubo que volver a reparar la torre de las campanas. Lo que se hizo en 1699 por 91 reales. Y 12 años después, en 1711, hubo que retejar la torre.

Si hacemos caso de la noticia que en 1723 cuenta se pagaran 20 reales a Francisco de Azpiri Aguinaga por “aserrar la madera para la torre de las campanas”, podremos suponer que el último tramo de la torre, el tercer cuerpo, tenía el contorno de madera en vez de ladrillo y piedra.

Cuando en 1756 se gasta la importante suma de 208 reales por “entablar el primer suelo de la torre de la iglesia” se da el primer paso importante para tres años después poder acometer unas obras más definitivas. En 1759 se gastarán 145 reales en pagar a carpinteros y herreros que trabajan en la torre.

Las obras definitivas se acometerán en 1779 y durarán hasta 1781 sin interrupciones. En 1779 los frontales de la torre están en peligro. Por ello, habrá que comprar tres de éstos en la “casería Aserisabel de Barinaga para la obra de la torre por hallarse amenazando ruina”. El montante de gastos de la torre de este año asciende a 1.135 reales.

Reales que se van, además de en lo dicho, en “un frontal grande comprado en la casería de Suinaga”; en el “alquiler del aparejo de polea y soga [a] Joseph Antonio de Aguirre Amalloa, carpintero, de Marquina”; en “diez estados y medio de tabla [pagados a] Francisco de Arriaga, carpintero”; en el pago al “herrero de Barinaga”; en la mano de obra a “Francisco de Arriaga por 26 días de trabajo”; en “18 días de trabajo de otro carpintero”; en pagar a “Lucas de Guisasola por su trabajo como peón”; y en “700 tejas de Marquina”.

Al año siguiente, en 1780, serán 2.557 reales lo que costarán “las obras de cantería en la torre”, que realizaron “Domingo de Guisasola, Miguel de Suinaga, Joseph de Aguiarro, Andrés de Careaga y Luis Arriondo, todos maestros canteros”.

Reales que se van, además de en lo dicho, en “13 carros de cal; dos estados de tabla pagados a Francisco de Arriaga; [mano de obra] a Francisco de Arriaga, carpintero, por el trabajo hecho, y a Juan de Mendicute también carpintero; [en pagar a los] canteros Domingo de Oregui y Miguel de Suinaga; [en pagar a] Francisco de Lizaso, maestro de obras; [en pagar el material de] 5 árboles puntales a Martín de Guisasola; [en] el acarreo de piedra labrada de las canteras de Oiz; [en pagar] al herrero de Barinaga y a Pedro de Zulueta, herrero de esta villa; [y por la mano de obra a ] Lucas de Guisasola por la obra de peón”.

Las obras finalizarán en 1781 con un desembolso ese año de 2.288 reales. Nos ha quedado un nombre: “El maestro de obras fue Francisco de Lizaso”. Junto a éste los nombres antes mencionados, que son considerados como “oficiales canteros”.

Maestros u oficiales, no cabe duda que estos cinco canteros se apuntaron un buen tanto de profesionalidad al realizar un edificio de una llamativa solidez, como hemos podido comprobar en una fotografía de 1916 en la que se muestra una torre poderosa y fornida, de cuatro cuerpos que van reduciendo su volumen a medida que se elevan. El cuarto de ellos, coronado por un tejado que se asienta sobre cuatro entramados de madera en los vértices, tiene las paredes de madera.

Para ello fueron necesarios, en 1781, “12 carros de cal; [el] acarreo de piedra labrada; [el] sueldo [de maestros y oficiales]; [de los] dos peones, Lucas de Guisasola y Andrés de Echebarria; [los pagos] a los herreros de Eibar y Barinaga por las cerrajas; [y el pago] a Francisco de Arriaga, oficial carpintero, [que] hizo las ventanas de la torre y parte del retejo”.

En fin, serán esas paredes de madera las que serán sustituidas por piedra y ladrillo antes de 1940 y dotarán al cuarto cuerpo de una mayor altura.

Antes, en 1851, se construyeron las escaleras de la torre. Era necesario poder ascender con alguna comodidad al campanario donde sabemos que en 1890 existían dos campanas grandes y, en 1901, además una pequeña.

Las obras que dejaron la torre como hoy la conocemos se acometieron en 1954. Del esfuerzo que supuso no sólo conservamos datos y anécdotas, sino fotografías.

Se procedió a la reducción del volumen de la torre sin alterar su altura; se la dotó en su parte superior de cuatro huecos para las campanas y se fundió una de las grandes para obtener dos medianas. El cuarto hueco libre, por lo que podemos saber, será ocupado por otra campana más pequeña. Ésta, en un modo de espadaña de metal, estuvo instalada sobre la sacristía, que se ubica en la cara sur y prolonga la cabecera de la iglesia.

Nos consta, porque así lo ha contado el párroco que lo fuera de Aguinaga entre 1952 y 1954, José Juan Zubizarreta, que las grandes obras de la torre de hoy fueron realizadas sin muchas apoyaturas mecánicas. Por lo menos sabemos que no había grúa y la tarea tenía que realizarse utilizando escaleras poco amistosas. Tampoco había amasadora para preparar el cemento, por lo que había que remangarse.

El Boletín Parroquial nos da noticia de una anécdota que reproducimos tal como la hemos encontrado: “cuenta el que fuera párroco de Aguinaga entre 1952 y 1954, José Juan Zubizarreta, [...] que durante las grandes obras de restauración de la torre de la iglesia [...] los trabajos que se acometieron fueron realizados en *auzolan*.”

Durante la realización de los mismos, lo relacionado con la seguridad en el trabajo era más una intuición que un ejercicio consciente. Es decir, se pensaba más en lo que había que hacer que en lo que podía pasar.

Así que cuando hubo que derribar alguna pared que obstaculizaba el desarrollo de los planes previstos –y en los tiempos establecidos- se procedió el expeditivo sistema de derribarla por la fuerza sin parar mientes en los peligros que de una acción sin considerar fuerzas, contrafuerzas, desvíos y basculaciones pudieran sucederse.

Lo cierto es que después de un frugal *amaiketako* en la casa cural, la pared cayó a golpes de pico. Y sin consecuencias accidentales para nadie; pero con resultados que aún hoy –más de cuarenta años después- son más que admirables.

La torre proyecta un poderío contra bombardeos. Y si bien es verdad, según cuenta José Juan Zubizarreta, que más de uno se preguntó –regocijado, suponemos- quién fue más imprudente si el fervor juvenil e impaciente del párroco o la proverbial energía de los vecinos de Aguinaga, la verdad es que estuvo bien porque bien ha resultado”.

Para realizar estas obras el Ministerio de Justicia, Dirección de Asuntos Eclesiásticos, otorgó el 5 de abril de 1952 cinco mil pesetas, con destino a “ejecutar por Administración obras en el templo parroquial de Aguinaga de Eibar”.

Cuarenta años después la torre fue también objeto de atención durante la última reforma de la iglesia que se acometiera entre 1995 y 1996, siendo párroco Juan María Ferreras. En estos años se acometieron algunas reformas que no afectaron al aspecto exterior de



la torre. La estructura se conservó tal como había quedado en 1954; pero en su interior se cambiaron algunas cosas.

Así, la sede del Concejo experimentó una transformación importante con respecto a su estado en los tiempos de los tres inmediatamente anteriores párrocos: Jon Etxezarreta -1971-1981-, Joseba Zubicarai -1982-1986, y José Luis Gárate -1987-1995.

Situada en la primera planta de la torre, la sede del concejo había servido –y sirve- de lugar de reunión de los vecinos del barrio, sobre todo los domingos después de la misa. Ahora se quiso que siguiera desempeñando esta misma función en otras condiciones. Para ello se le dio una mayor amplitud derribando la pared que daba a la casa cural, con objeto de construir una despensa, almacén o trastero, el cual obtuvo al remodelar uno de los locales desaprovechados de la zona de la casa cural adosada a la pared oeste de la torre.

A este respecto, el archivo parroquial dice el día 1 de marzo de 1996 que a solicitud de los vecinos del barrio, el párroco, “en nombre de la comunidad cristiana del barrio de Aguinaga y con el visto bueno del obispado de San Sebastián” autorizó el uso de un local en la torre en un documento dirigido a los miembros del Concejo de Aguinaga en el que se decía que “viene en acoger favorablemente la solicitud presentada por la comunidad de vecinos del barrio de Aguinaga, de Eibar, relativa al uso del local de la primera planta de la torre de la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel de Aguinaga, de Eibar, en las condiciones expuestas en la solicitud de fecha 18 de febrero de 1996, añadiendo que esta autorización deberá ser revisada, y en su caso prorrogada, en el mes de enero del año 2000”.

El local sede del Concejo de Aguinaga fue ampliado a su vez autorizando la remodelación de un local de la casa cural que está en el “entresuelo, sin puerta, y situado inmediatamente enfrente de la puerta que da acceso al sótano desde la vivienda propiamente dicha”.

Este pequeño local quedó, así, con dos pisos: El superior para despensa y el inferior para servicios higiénicos públicos que se pensaba se instalarían en el momento en que se acometieran las obras del atrio o galería corrida a la izquierda y en la cabecera de la iglesia.

Por su parte, los vecinos del barrio no escatimaron esfuerzos para mejorar la torre. Así el día 1 de junio de 1996 se escribió que en la segunda planta de la torre se arregló el acceso al último piso, al campanario propiamente dicho.

Al parecer, se trataba de dotar de mayor protección al lugar de las campanas –que serían electrificadas días más tarde- y al local donde se ubicaría el reloj electrónico –que se instalaría también días más tarde.

El 1 de junio de 1996 se escribió que “las obras correspondientes a las escaleras de acceso [al campanario] y plataforma del local del reloj [han sido] realizadas por los vecinos del barrio”. Las obras consistieron en la colocación de una nueva puerta de acceso al campanario, el reacondicionamiento del último tramo de las escaleras de acceso al mismo y tabiques.

Se sabe que los materiales fueron aportados por el Ayuntamiento de Eibar y Debemen. Una nota escrita el 22 de junio de 1996 dijo que los vecinos concluyeron este día las obras de la torre con el pintado de todas sus plantas.

Fue también el Ayuntamiento de Eibar el que corrió con los gastos del material y de instalación de la última novedad referida a la torre.

El Boletín Parroquial dijo que “en la última reforma -1996- la torre ha sido dotada de iluminación interior, en un intento de romper la espesa oscuridad de la noche del valle y acompañar posibles noches de insomnio. La donación e instalación realizada por el Ayuntamiento de Eibar es un servicio público de valor, además de una mejora del patrimonio de todos”.

La torre que hoy podemos contemplar tiene tres pisos y unos 14 metros de altura. En el primer piso, al que se accede por una escalera que parte del pórtico está situada la sede del Concejo de Aguinaga con tres ventanas que dan al sur y una cuarta que da al norte. En el segundo piso, al que se accede por una difícil y empinada escalera, existe otro local hoy reservado para almacén y con una ventana que da al oeste, así como con una puertecilla en lo alto por la que se accede a la bóveda de la iglesia. En el tercer piso, al que se accede tras superar unas estrechas escaleras y una puerta instalada en 1996, se encuentra el campanario, con tres campanas y los dos focos de la iluminación interior.

Hay cuatro huecos de medio punto orientados a los cuatro puntos cardinales en los que se encuentran tres campanas electrificadas por la empresa Teknikronos de San Sebastián en 1996 y preparadas para simular volteos y bandeos. Está previsto instalar en el hueco libre orientado al oeste la campana más pequeña que estuvo en la torre y más tarde sobre la sacristía.

## 2.2 Campanas.

No cabe duda que las campanas merecieron tanto una atención señalada a lo largo de la historia como una valoración destacada de su función.

Los obispos de Calahorra en los autos de sus visitas pastorales a Aguinaga se refieren a las campanas de la iglesia en diversas ocasiones. Siempre, claro está, su preocupación radica en utilizar el instrumento como señal de aviso, convocatoria y motivación a la participación de los fieles en los actos litúrgicos y paralitúrgicos.

Sabemos que en 1680 el Obispo de Calahorra manda al párroco que todos los domingos y festivos convoque a los feligreses tocando la campana. Quiere que se junten a escuchar la enseñanza de la doctrina cristiana y pide, por consiguiente, al párroco que “los domingos de Adviento y Cuaresma les declare el santo Evangelio”. Que para el Obispo esta providencia es más que una mera declaración de buenas intenciones lo testimonia el hecho de que amenace diciendo que de no hacerlo así el párroco será sancionado con una multa de dos ducados.

Casi un siglo más tarde, el Obispo de Calahorra pedirá en otro auto de visita que el párroco se empeñe en que se frecuente “la devoción al rosario de María Santísima, asistiendo a rezarlo en esta iglesia todos los días al anochecer convocando a los

feligreses con la campana”. Cosa, por otra parte, que era factible, porque aunque una de las campanas en este año 1799 estuviera sin badajo, la otra podía cumplir la orden.

La última noticia que disponemos de la utilidad de la campana y de la importancia que a su uso se concedía en los autos de visita es de 1828.

Ese año el Obispo de Calahorra mandará al párroco que “rece el santo rosario en los días que haya costumbre, invitando a los fieles a toque de campana a la hora en que pueda proporcionarse mayor asistencia”.

El uso de la campana con tanta frecuencia llevaba consigo el subsiguiente desgaste y la necesidad de garantizar su seguridad en el campanario. De que ello es así da fe la noticia de 1890 que refiere la necesidad de reparar los hierros de las campanas, los soportes. Las campanas no eran libres para el volteo, sino fijas. Y, al parecer, de gran tamaño. El inventario de 1901 señala expresamente que existen “dos campanas grandes y una pequeña”.

No sabemos cuándo fue adquirida la pequeña. Pero en el archivo parroquial hemos encontrado referencias a ella. En efecto, el Boletín Parroquial dijo que “se sabe que esta pequeña campana estuvo en el campanario en el siglo XIX. Posteriormente fue colocada encima de la sacristía desde donde se la accionaba”.

Otro número del Boletín se refiere, asimismo, a las dos campanas grandes para señalar que “una se fundió entre 1952 y 1954 para obtener dos más pequeñas, como actualmente puede verse”. Y continúa refiriéndose a la campana pequeña diciendo que “existía una cuarta campana, y antes de 1951 fue colocada sobre la sacristía de donde más tarde [...] fue retirada y guardada. Aprovechando la última restauración -1995-1996- debería ser reintegrada a su lugar primitivo que, en el siglo XIX, era el campanario. El soporte de hierro que la sostenía encima de la sacristía está a la espera de que en el sótano de la casa rural se habilite un sencillo y digno museo donde pueda ser expuesto”.

No quedan aquí los proyectos y realizaciones que tienen como objetivo la utilización racional de las campanas. Tratando de evitar los riesgos y gastos que a la larga podrían deducirse del deterioro de la estructura de la torre por el funcionamiento de las campanas incluso con un uso normal, se decidió evitarlos.

Un Boletín Parroquial, que se refiere también a la pequeña campana que estuviera situada sobre la sacristía, insiste en que ésta sea trasladada al campanario donde hay libre un hueco para campana y se la dote “con el sistema de electrodazos para su funcionamiento, al igual que las otras tres campanas”. Y se añade que “los toques, volteos y bandeos del conjunto de las campanas está memorizado y controlado electrónicamente y fue instalado en junio de 1996”.

En el archivo se hace referencia a que los cuantiosos gastos que esta nueva instalación electrónica supuso fueron cubiertos por Ramón Ferreras y el Centro UNESCO de San Sebastián. El resultado fue que las campanas empezaron desde entonces a funcionar solas, anunciando las fiestas con volteos –al mediodía y al atardecer-, la víspera; recordando la hora del rezo del Angelus todos los días; y convocando a los feligreses a la iglesia inmediatamente antes de las celebraciones eucarísticas y otros actos litúrgicos.

### 2.3. Reloj.

Las grandes obras de la torre tranquilizaron a los vecinos de Aguinaga durante 150 años y dieron un respiro a las arcas de la parroquia; pero no frenaron sus deseos de dotar a la flamante torre de ese instrumento tan característico de ella como es el reloj mural.

En 1831 tenemos la primera noticia de un reloj en la torre. Ese año de las arcas parroquiales salieron “mil reales por el pago del primer plazo del reloj”; y al año siguiente, en 1832, se gastarán 232 reales “por labrar las pesas del reloj [y] por la caja del reloj”.

El reloj de la torre se pagó en dos plazos de a 1.000 reales. Pero, al parecer, el último plazo no debió asentarse debidamente en el libro de cuentas. El auto de la visita pastoral del 4 de agosto de 1853 observa que faltan mil reales. Ordena, en consecuencia, que se indague el paradero de esa cantidad.

A los seis meses de la visita, el párroco reunirá a los vecinos y les preguntará si alguien sabe el paradero de los 1.000 reales. Los vecinos le responderán que esos mil reales fueron “invertidos en pagar al relojero el segundo plazo del reloj”.

Sin embargo, las duras condiciones climáticas del valle eran capaces de desanimar la marcha del reloj. El inventario de 1901 señalará sin glosa alguna que existía “en el campanario un reloj descompuesto”.

Y debió seguir en ese estado durante algunos años, al menos hasta 1912 en que es reparado, para serlo de nuevo en 1914. Pero, curiosamente, en una fotografía de la torre del año 1916 no se ve reloj alguno.

Pero la tradición relojera eibarresa no podía estar ausente de Aguinaga. Así que en 1923 asistimos a la inauguración del reloj de la torre de la iglesia. No podemos precisar qué es lo que pasó con el anterior. Probablemente, se conservaron las pesas –bien pesadas, por cierto- y se compraron nuevas la esfera y la maquinaria.

Sea lo que fuere, el 1 de abril de 1923, “domingo de Pascua de Resurrección”, como se dice expresamente, se inauguraba en Aguinaga un nuevo reloj. Con la vida que nacía en la primavera –al compás de la nueva divina- hacía acto de presencia un nuevo contador de desgastes y esperanzas.

El Ayuntamiento de Eibar aportará 2.257 pesetas para su instalación y puesta en marcha. El párroco de San Andrés Apóstol, de Eibar, Eugenio Urroz, abonó el 2 de agosto de 1923 una cantidad de 500 pesetas. Un documento firmado ese día de agosto por el Alcalde de Eibar, Benjamín Villabella, dice que “he recibido de Don Eugenio Urroz (Párroco de esta Villa de Eibar) la cantidad de quinientas pesetas para pago de parte del importe del reloj colocado en la iglesia de Aguinaga”.

A los 61 años, en 1984, el Ayuntamiento de Eibar acogerá favorablemente la solicitud que le dirigiera el párroco de Aguinaga, Joseba Zubicarai, para que pagara el costo del arreglo del reloj. Así, el 31 de mayo de 1984, el Ayuntamiento de Eibar destinará 10.390 pesetas “para arreglo del reloj de la parroquia de Aguinaga”.

En enero de 1996 el reloj se paró. Se decidió entonces someterlo a una remodelación que garantizara un servicio de la máxima precisión. Para ello su electrificación parecía lo más aconsejable.

Tal electrificación del reloj de la torre, así como de las campanas, debió significar un esfuerzo considerable, además de un proyecto sentido como necesario en la línea de “una inversión en humanidad”. El caso es que el proyecto, que “era una inversión muy costosa para la que habría que buscar partenaires”, como se escribió el 24 de marzo de 1996, cuajó. El 5 de junio de 1996 se escribió que ese mismo día se había instalado un sistema de funcionamiento del reloj por radio, conectado con *France Inter* de París, y de los toques de campanas por computadora”. Y se añadía que “el coste de la instalación del sistema electrónico del reloj y campanas, que asciende a un millón de pesetas, ha sido asumido por Ramón Ferreras y el Centro UNESCO de San Sebastián”.

Hemos podido comprobar que la instalación fue realizada por la empresa Teknikronos sita en la calle Iparragirre, 8, en San Sebastián. La empresa está especializada en equipos para relojería monumental y sonorización de campanas.

El Boletín Parroquial nos informó a su vez de lo que ocurriera con el material antiguo. Se escribió que “con anterioridad al actual reloj electrónico en Aginaga existieron dos relojes. [...] Se ha conservado la esfera. Y la maquinaria que ha sido sustituida por la más moderna electrónica debería encontrar acomodo en ese museo sencillo y digno que podría habilitarse en el sótano de la casa cural”.

### 3. Pórtico.

Si hubiera que hacer una gradación de preocupaciones en la iglesia de Aginaga en lo referido a la estructura del edificio, la palma se la llevaría el pórtico.

Desde 1677, año en el que tenemos la primera noticia de él, casi todos los años hay que hacer algún desembolso con destino a reparaciones, retejos y arreglos. Baste decir que desde 1682 hasta 1996 inclusive la palabra pórtico relacionada con obras de algún tipo aparece en el archivo parroquial más de 200 veces.

Esta constatación no puede hacernos olvidar un hecho: El atractivo de esta galería corrida a lo largo de las paredes exteriores de la iglesia. José María Zunzunegui escribió después de su visita a Aginaga el 14 de febrero de 1995 que era un “pintoresco pórtico o galería corrida a todo lo largo del exterior izquierdo y de zona del ábside. Si no le estorbaran los pinos “insignis” que en reducido número se interponen entre este pórtico y el paisaje sería todavía de más interés por la perspectiva paisajística que depararía. El gran zaguán inmediato a la puerta es también de gran interés. ¡Lástima de los pies derechos que necesita para soportar las vigas!”.

En estos momentos, las obras de los exteriores de la iglesia aún no han acabado y la cubierta del pórtico ha sido derribada a la espera de acometer su total renovación.

#### 3.1. Construcción del pórtico.

El primer nombre que encontramos unido a la construcción del pórtico de Aginaga es el de Juan de Ubeguía.

En 1677 se le pagarán 264 reales “por las obras que hizo en el claustro de la dicha Iglesia con licencia del Señor Obispo”. Lo cual significa que el claustro ya existía.

Podemos suponer que tales obras del pórtico comenzaron al menos para 1663. La pared que se hace en la casa del sacristán en ese año pudo estar exigida por la necesidad de dar el vuelo adecuado al pórtico en el vértice norte de la zona del ábside de la iglesia.

Otro dato que nos permite retrasar unos años más la construcción del pórtico es el referido a 1665 por el que sabemos que una cantidad de 154 reales es la que se gasta “por 1.500 tejas y clavos para la obra”. Es improbable que las tales tejas fueran para la iglesia. Dos años antes se había retejado toda la iglesia.

Por otra parte, en este momento se están produciendo grandes obras, y no es difícil suponer que entre ellas se hallara también la del pórtico.

Sea lo que fuere, lo que parece estar claro es que las obras del pórtico continúan en 1682. hay un descargo de 8 reales “por el examen y tanteo de la obra del pórtico y torre de campanas”; y otro descargo de 176 reales “por el reparo del pórtico y torre de campanas”.

Las obras dejarían algunas secuelas en una de las dos puertas de la iglesia. Es en 1648 cuando se consigna la cantidad de 4 reales que se pagan a “un oficial por el remiendo de la puerta del pórtico”.

Otra obra importante se acometerá en 1826. Consistirá en hacer el “pavimento del pórtico de la Iglesia y de su escalera para la torre”, que supondrá un gasto de 1.650 reales.

Tres años más tarde, otra obra –y de envergadura- realizará “la reposición del arco”, que significará un gasto de 1.322 reales. Lo dejará tal y como lo contemplamos hoy día; es decir, un arco dovelado de sillería con impostas.

En 1840 se reponen los asientos del pórtico”. Y a partir de esta fecha hasta 1928 en que vemos a N. Aranceta y E. Guisasa arreglando el pórtico, sólo podemos consignar continuas intervenciones de retejo, restauración de vigas, revoques y blanqueos.

Pero en 1941 nos encontraremos con algo más serio. El párroco, a la sazón Felipe Ayerbe, dejó un escrito que dice así: “El furioso huracán de viento de la noche del 15 de febrero de 1941 causó grandes averías en los tejados de la iglesia y del pórtico, reparaciones y arreglos que el vecindario realizó con prestación personal, pecuniaria, bajo la dirección del carpintero de obras de Barinaga, Juan Meave Basterrechea y sus tres obreros: su cuenta importó 336 pesetas; los pilares del pórtico, apollillados en parte y descentrados, fueron reparados con varillas de hierro; el gasto total repartido entre los 22 vecinos de materiales y aportaciones montó a 1.148 pesetas con 70 céntimos. La fábrica de la parroquia aportó solamente el millar de tejas que desde hace tres años adquirió el Cura. [...] El Alcalde de barrio, Antonio Arizmendi-Arrieta y el vecindario me ruegan haga constar la ayuda que en esta ocasión han prestado en servicio de la iglesia parroquial”.

El Boletín Parroquial al referirse a las obras que deben ser acometidas en el pórtico dice que “si en el conjunto de las obras aprobadas se previera el descubrimiento de la piedra de sus paredes, así como el cubrimiento con piedras del pie derecho del pórtico y se liberara de pintura las hermosas piedras sillares que circundan ventanas y arcos, el exterior de esta iglesia ganaría en belleza y daría al conjunto de la zona una notable imagen”.

Que ya empezó a dibujarse cuando el gran zaguán ante la puerta de entrada de la iglesia fue transformado tras la restauración de 1996. de aquellas obras que iniciaron esa transformación quedó constancia en una nota que se escribió el 16 de marzo de 1996, quizá con demasiado optimismo: “Quedan concluidas las obras del nuevo enlosado del pórtico de la iglesia, que han sido realizadas por los vecinos del barrio”.